

---

## Un segundo diagnóstico sobre el estado del medio ambiente global

VERÓNICA LIPPERHEIDE\*

**D**E plena actualidad, a pesar de llevar más de un año publicado en nuestro país y casi tres en lengua inglesa, es la obra *El ecologista escéptico*. Su autor, Bjorn Lomborg, Director del Instituto de Valoración Medioambiental de Dinamarca y profesor de Estadística en la Universidad de Aarhus, se describe a sí mismo como una persona de izquierdas y antiguo miembro de Greenpeace. En 1997, Lomborg leyó una entrevista del economista norteamericano Julian Simon en la que éste afirmaba que el conocimiento sobre el medio ambiente se basaba en prejuicios y en datos incompletos, y que en realidad el mundo estaba mejorando y no empeorando. Lomborg puso a trabajar a sus mejores alumnos para refutar las tesis de Simon. Sin embargo, al estudiar los datos y las estadísticas no tuvo más remedio que confirmar las conclusiones del profesor norteamericano, y de paso renunciar a los dogmas y mitos sobre el estado del mundo que había creído hasta entonces. De ahí que el libro se lea con especial interés, ya que es el resultado intelectual de la transformación de un ecologista en un escéptico hacia los postulados catastrofistas sobre nuestro planeta que esgrimen las organizaciones ecologistas, las fuerzas políticas verdes y los movimientos antiglobalización en los que el autor había creído hasta entonces. El escepticismo de Lomborg es la consecuencia lógica de su choque con otra realidad hasta entonces desconocida.

*El ecologista escéptico* es un texto serio y riguroso, con más de 500 páginas repletas de datos y estadísticas oficiales, gráficos, tablas y casi

---

\* Verónica Lipperheide es Doctora en Biología.

3.000 referencias. Su intención es intentar desmontar el discurso pesimista y catastrofista sobre el estado del planeta, bautizado por Lomborg como «la letanía» que los movimientos ecologistas y afines llevan décadas exponiendo.

#### MITOS MEDIOAMBIENTALES

Lomborg utiliza la misma metodología que Simon para intentar demostrar que la salud del planeta no es tan mala como algunos nos quieren hacer creer. Examina las tendencias sobre cuestiones ecológicas y ambientales sobre períodos largos de tiempo, ya que, como decía el norteamericano, el mejor –de hecho el único– pronosticador del futuro es el pasado. Así nos demuestra con datos y estadísticas que casi todos los indicadores ambientales, cuando se observan a escala global y a largo plazo, muestran una evidente mejoría. O lo que es lo mismo, rebate gran parte de los actuales mitos y tópicos medioambientales que conforman la letanía: los recursos naturales se agotan; el aire y el agua están cada vez más contaminados; los bosques tropicales desaparecen, y un largo catálogo más de problemas sin solución que presuntamente amenazan nuestra supervivencia. Quizás, uno de los mayores logros de este libro es haber puesto en duda ese discurso apocalíptico. Y haberlo hecho con imparcialidad, con la fuerza de los datos.

Lomborg es consciente de que el mundo no es perfecto, de que hay cosas que no funcionan, que no van bien. Por eso reitera frecuentemente que, si bien las cosas están mejorando, esto no significa que estén aún lo suficientemente bien. Un ejemplo es la contaminación atmosférica. Lomborg sostiene que ha disminuido en los países desarrollados y pone como ejemplo el caso de Londres. El aire que ahora se respira en la capital británica es mejor que el de hace 400 años, y mejor que el de la primera mitad del siglo XX. Asimismo, sostiene que si bien la contaminación de Bombay o Bangkok es preocupante, es menor que la del Londres de la revolución industrial. También considera que existen temas pendientes en la calidad del aire, como la contaminación por partículas. Sin embargo, los indicadores muestran que estamos mejorando y que lo que se está haciendo actualmente quizá no esté tan mal como algunos pretenden

hacernos creer. Lomborg opina que obstinarse en no reconocer los avances conseguidos podría llevarnos a cometer errores que romperían esa tendencia favorable.

Defiende también la conexión entre crecimiento económico y mejora del entorno. O lo que es lo mismo, que el desarrollo medioambiental suele ser resultado directo del desarrollo económico –porque sólo cuando somos lo suficientemente ricos cuidamos nuestro entorno– y que la pobreza es el mayor enemigo del medio ambiente. Y lo demuestra, como en todos los casos, con datos oficiales: a mayor PIB, mejor estado del medio ambiente. Esta afirmación de Lomborg no es nueva ni sorprendente, ya que es lógico que sin una adecuada protección del medio ambiente el crecimiento económico no pueda darse, como también lo es que sin éste último no se puede proteger al primero. Lo que sí es nuevo y sorprendente es que provenga de un ecologista, aunque sea escéptico, porque estamos acostumbrados a que los movimientos ecologistas y anti-globalización consideren incompatible el crecimiento económico con la preservación del entorno, y propongan, con mayor o menor claridad, un retorno a otras épocas, con propuestas tan elocuentes como establecer, en el caso de España, una moratoria a la construcción y ampliación de vías rápidas, trenes de alta velocidad y aeropuertos.

En ocasiones, Lomborg se deja llevar por cierto optimismo, por ejemplo, cuando valora la sustitución de combustibles fósiles por energías renovables, ya que no asume las dificultades de todo tipo que conlleva la transición del petróleo a otras fuentes energéticas. En este sentido, un informe reciente de la Comisión Europea considera que el estado actual de las tecnologías no permite imaginar un mundo en el que las fuentes de energía clásicas podrán ser totalmente reemplazadas por las fuentes de energía renovables.

Lomborg sostiene, al igual que Julian Simon y en contraposición a Thomas Malthus, que la población tenderá a estabilizarse en los países en vías de desarrollo en las próximas décadas y que, como consecuencia de ello, no se producirían ni hambrunas ni efectos negativos sobre el entorno. La realidad es que en un solo siglo la población del mundo se ha triplicado. O lo que es lo mismo, hoy hay más de 2.000 millones más de bocas que alimentar que en 1970. Este es un asunto por el que no se suelen preocupar los ecologistas, si bien es un tema

habitual del debate ambiental, porque consideran que es tal el consumo de los que habitamos el llamado primer mundo que sería poco ético poner límites al aumento de una población significativamente menos consumidora. No obstante, muchos estudios y ensayos, como los de Giovanni Sartori o Robert Kaplan, alertan de los posibles efectos perniciosos sobre el medio ambiente de una población en constante crecimiento, que conllevaría un aumento de la deforestación, de la erosión del suelo y la desertificación por tener que expandir la agricultura para poder abastecer a tanta gente. En definitiva, disminución de suelo fértil, incapacidad de abastecer a la población, migración hacia las grandes ciudades y aumento de las enfermedades que en conjunto limitan el desarrollo económico de cualquier nación; y, como consecuencia, más conflictos sociales, más pobreza y peor medio ambiente. El debate sigue abierto.

#### LA CREDIBILIDAD DE LA LETANÍA

Lomborg también señala, como no podía ser de otra manera, que la evolución positiva de la mayoría de los indicadores ambientales no significa que no haya nada que hacer a favor del medio ambiente. Considera que es necesario seguir invirtiendo esfuerzos y recursos en la gestión medioambiental, pero no en aquellos asuntos que nos dicte la letanía, sino en los que se demuestre objetivamente que deben mejorar y que suponen un beneficio real. Y para ello es necesario conocer el estado real del mundo de manera objetiva. El título danés de la obra y el subtítulo de la edición inglesa son un juego de palabras extraído de uno de los informes más famosos sobre medio ambiente, «El estado del mundo», que se publica anualmente desde 1984 por el Instituto Worldwatch y ha vendido más de un millón de ejemplares. Estas ediciones anuales tratan de identificar los retos más importantes a los que se enfrenta el mundo, y normalmente lo hacen desde una perspectiva catastrofista.

¿Por qué existe esa diferencia entre el mundo que describe Lomborg y el de la letanía? Lomborg alega que la mayoría de las afirmaciones que conforman la letanía son infundadas y provienen de una lectura selectiva, exagerada e interesada de datos e informes de las organizaciones

internacionales sobre el estado del planeta. De esta manera se alimenta el discurso catastrofista que interesa y conviene a los movimientos ecologistas y afines, porque es su manera de conseguir publicidad y justificar su propia razón de ser en un mundo al borde del abismo ambiental. Y todo esto produce un grave perjuicio en la percepción del estado real del planeta y, por ende, en la superación de sus problemas reales.

Según Lomborg, la letanía ha sido aceptada como buena por la mayoría de la sociedad a base de ser repetida incesantemente durante décadas. Incluso la revista *Time*, tal y como documenta Lomborg, publicó un artículo en el año 2000 dando a entender claramente que «todo el mundo conoce el lamentable estado actual de nuestro planeta». Todo lo que dicen las organizaciones ecologistas se acepta como válido y pocos son, al menos hasta ahora, los que ponen en duda sus manifestaciones. El éxito de haber conseguido convencer a la sociedad de que todo está peor se explica también por el papel relevante de los medios de comunicación. Las malas noticias despiertan más interés que las buenas al público en general. Las buenas noticias en medio ambiente no son noticia, mientras que venden mucho más las opiniones catastrofistas y los documentos e imágenes sensacionalistas, que, a su vez, otorgan credibilidad a la letanía. O lo que es lo mismo, los incendios forestales llaman más la atención que el lento crecer de la masa forestal.

Otra de las causas del crédito que se le atribuye a la letanía se debe a que las organizaciones ecologistas y los movimientos afines están formadas principalmente por gente con motivaciones altruistas, lo que hace que la sociedad no les aplique las mismas cautelas que a otros grupos de presión y otorgue más credibilidad a sus manifestaciones.

Además, la letanía utiliza la psicología humana para provocar la acción. Por una parte, pretende hacernos sentir culpables del tipo de vida que llevamos, y para «limpiar» nuestras conciencias debemos destinar recursos a solucionar los problemas ambientales de los que nosotros somos cómplices. También emplea el miedo para intentar movilizarnos y ganar adeptos. Por eso, su discurso catastrofista pretende también hacernos creer que lo que está en juego, si no hacemos nada por limitar nuestro crecimiento económico –último culpable del deplorable estado actual del mundo–, es nuestra salud, nuestra calidad de vida y el futuro de nuestros hijos.

## ENERGÍA NUCLEAR Y TRANSGÉNICOS

Analicemos brevemente dos de los asuntos en los que más activos se han mostrado los movimientos ecologistas y antiglobalización en los últimos años, y que forman parte de su letanía. El primero es el rechazo a la energía nuclear. Para conseguir adeptos a esta causa se ha ido creando desde hace décadas una opinión desfavorable de la sociedad a este tipo de energía, recurriendo al miedo y a las consecuencias de la radiactividad sobre la salud humana. Los accidentes de las centrales nucleares de Three Miles Island (en Estados Unidos, en 1979) y de Chernóbil (en 1986, en la antigua Unión Soviética), aumentaron el recelo de la opinión pública frente a este tipo de instalaciones, que ya eran consideradas de alto riesgo. Si bien ambos accidentes han contribuido a aumentar las medidas de seguridad en las centrales y sus alrededores, hoy la energía nuclear se rechaza visceral y socialmente. Lo políticamente correcto es prescindir de ella, y pocos gobiernos deciden, debido al elevado coste electoral, dar el visto bueno a nuevas instalaciones. Además, los atentados terroristas del 11 de septiembre han sido utilizados por los movimientos ecologistas para seguir denostando a la energía nuclear apelando al riesgo potencial de este tipo de instalaciones como objetivos terroristas.

Una de las consecuencias del pánico inculcado a la opinión pública es que se ha impedido el debate racional, técnico y científico sobre los beneficios y desventajas de la energía nuclear. Otra, es que la energía nuclear se ha desechado en la Unión Europea, si bien es hoy por hoy la única que le permitiría cumplir con el Protocolo de Kyoto. En el ámbito nacional, la moratoria nuclear existente en España ha sido una de las motivaciones que han llevado a Bruselas a optar por la candidatura francesa para ubicar el proyecto ITER.

Lomborg pasa de puntillas sobre la energía nuclear. Si bien la considera una energía limpia porque no emite gases de efecto invernadero, incide sobre los problemas de seguridad de los residuos nucleares y su uso potencial como armas nucleares. Hay ciertos mitos que el escepticismo no es capaz de combatir.

El segundo tema en el que podemos fijarnos es el rechazo a los productos y alimentos transgénicos. Estos alimentos ofrecen muchas

posibilidades, tanto en los países en vías de desarrollo como en los desarrollados. En los primeros, contribuirán en gran medida al suministro de comida, incluso aumentando su valor nutricional, mientras que en los segundos pueden ayudar a reducir el uso de fertilizantes y herbicidas. No obstante, las estadísticas dicen que la mayoría de los europeos no sabe qué es un producto transgénico, pero lo que sí percibe es que se trata de algo peligroso y nocivo para su salud. El recelo hacia este tipo de productos biotecnológicos es el resultado de la movilización ecologista, que utiliza proclamas alarmistas para provocar el pánico en la población sobre las posibles repercusiones sobre el medio ambiente y la salud de estos alimentos.

Evidentemente, el debate sobre la inocuidad o no de los productos y alimentos transgénicos –que sigue abierto–, se complica cuando entran en juego elementos que poco o nada tiene que ver con la ciencia. Asimismo, la investigación en un área de tan elevados beneficios potenciales se resiente. Otra de las consecuencias de ese alarmismo ha sido el establecimiento de una moratoria de facto en la Unión Europea a la aprobación de nuevos transgénicos en territorio comunitario, que ha estado vigente desde 1998 hasta hace pocas semanas. Una moratoria que, si bien ha afectado al desarrollo de la biotecnología en el ámbito comunitario, también ha tenido algún efecto positivo, ya que ha servido para aumentar el control sobre este tipo de productos y la información sobre su presencia en los alimentos, para que sea el ciudadano el que decida consumir o no esos productos alimentarios.

Lomborg opina que los riesgos de los alimentos transgénicos son mínimos frente a las innumerables ventajas que aportan. Sin embargo, los argumentos y debates del discurso ecologista de la letanía también tienen consecuencias, no siempre positivas, para los países en vías de desarrollo, ya que muchas veces se trasladan a situaciones que poco o nada tienen que ver con la realidad de las sociedades occidentales. Así, hace poco más de un año, Zambia optó por rechazar, en un momento de grave escasez de alimentos, miles de toneladas de maíz genéticamente modificado, ante los temores que surgieron en la Unión Europea por la supuesta contaminación del resto del maíz por el modificado genéticamente.

## CAMBIO CLIMÁTICO

Lomborg también aborda en su libro cuestiones relativas al futuro, como el cambio climático o el agotamiento de las materias primas. En general, el autor danés opina que si las cosas han ido mejorando en el pasado, también lo harán en el futuro.

Detengámonos brevemente en el cambio climático. Lomborg no lo niega, lo que rechaza es el alarmismo y la gravedad que se le atribuye. El autor considera desproporcionado el coste, que cifra entre 150.000 y 300.000 millones de dólares al año, para cumplir el Protocolo de Kyoto, frente a los exiguos resultados que se conseguirían en términos de reducción de emisiones de CO<sub>2</sub>, ya que el cambio climático no desaparecería y sólo se postergaría en seis años. Lomborg considera que esos recursos deberían destinarse a problemas más urgentes y de mayor beneficio global, como aportar agua potable y servicios de saneamiento a toda la población mundial, lo que, además de suponer un menor coste, conseguiría salvar millones de vidas en los países en vías de desarrollo. Con este ejemplo, Lomborg pretende escenificar uno de los propósitos de su libro: la letanía hace que se dedique tiempo y recursos a resolver problemas que no son tan graves, mientras los asuntos realmente importantes, como la pobreza o el hambre, pasan a un segundo plano. Recientemente se ha estrenado mundialmente la película *El día de mañana*, que narra, mediante espectaculares efectos especiales, cómo un brusco cambio climático tiene consecuencias devastadoras para el planeta. La letanía también se ha hecho un hueco en la gran pantalla.

Lo que pretende Lomborg con su libro es poner sobre la mesa un segundo diagnóstico sobre la situación real del mundo, y, al mismo tiempo, dotar de racionalidad el debate medioambiental, hasta ahora casi inexistente. Porque si sólo se atiende a los mensajes catastrofistas de la letanía, todos los problemas son prioritarios, todos son igual de graves. Lo que Lomborg también ha querido demostrar es que es necesario que se someta a debate el estado del medio ambiente, y lo que desea es que esa discusión se realice sobre bases científicas y la mejor información disponible, y no sobre temores injustificados o prejuicios infundados. Es necesario que hablemos, que discutamos sobre la situación del mundo, sobre el medio ambiente, y que lo hagamos con transparencia, con moderación,

con la mejor de las informaciones y el mejor conocimiento posibles. Sería positivo que al igual que los datos y las opiniones que recoge el libro de Lomborg se han puesto en tela de juicio por alejarse del discurso vigente sobre el medio ambiente, se analicen también con el mismo rigor las publicaciones del catastrofismo ecologista. Porque de lo que se trata es de conocer el estado real de mundo, no de quién tiene razón, para poder tomar las decisiones más acertadas y establecer prioridades a la hora de invertir nuestros limitados recursos.

Los ecologistas y muchos científicos han atacado encarnizadamente el libro de Lomborg. Critican que la obra haya puesto demasiado énfasis en las tendencias mundiales y que preste poca atención a los problemas ambientales regionales y locales, especialmente en su efecto sobre los países en vías de desarrollo. Los problemas ambientales de estos países son distintos y más graves que los nuestros, de esto no hay duda. Y además, muchos de esos problemas han sido ocasionados por los países desarrollados. Por eso, en ocasiones acusan a Lomborg de enterrar el principio de equidad y de desconocer la complejidad de muchos de los problemas ambientales abordados en su texto. El danés no contempla en su obra la totalidad de problemas del planeta porque no pretende abarcarlo todo. Sólo pretende fomentar el debate y el escepticismo. Hay que recordar el matiz que repite incesantemente el autor a lo largo del texto: vamos bien, pero debemos mejorar. Lomborg sólo trata de erradicar el alarmismo y el catastrofismo del debate, para que se tomen las decisiones más apropiadas y no aquellas que sólo se fundamentan en mitos. Pero el danés ha conseguido mucho más: ha abierto una grieta en el pensamiento único vigente y aceptado sobre la situación ambiental del mundo.

Además, los movimientos ecologistas se han sentido agredidos con este libro, quizás porque su valor máspreciado, la credibilidad, se ha puesto en duda. De todos modos, tampoco hay que olvidar que las organizaciones ecologistas han jugado un papel social fundamental en la sensibilización y protección del entorno y que deben seguir haciéndolo. Porque han sido estos movimientos los que han conseguido que el medio ambiente se incluya en las agendas y programas políticos, que hoy nos gastemos en proteger el medio ambiente muchísimo más dinero que antes y que dispongamos de tecnologías más eficientes y respetuosas con nuestro entorno.

Por eso, la mayoría de las mejoras que demuestra Lomborg en su libro no son fruto de la casualidad. Son consecuencia de una mayor sensibilización y preocupación por nuestro entorno avivada por los movimientos ecologistas. Hoy a nadie se le ocurre diseñar una carretera o instalar una fábrica sin tener en cuenta sus efectos sobre el medio ambiente. Sería un error intentar prescindir del movimiento ecologista, ya que realiza un papel imprescindible en las denuncias de las agresiones al medio ambiente. No obstante, los ecologistas, al igual que Lomborg, también deberían reciclarse, ya que su papel y credibilidad serán mayores si sus denuncias y postulados son rigurosos y están debidamente contrastados, y si sus acciones contribuyen a la resolución seria, imparcial y objetiva de los verdaderos problemas medioambientales.

La cuestión de fondo no es si hay o no problemas ambientales. La cuestión es conocer su gravedad real. Por un lado están los ecologistas y su pesimismo, y por otro los optimistas como Lomborg, cada uno con su visión sobre el estado del planeta. Los primeros reclaman medidas drásticas inmediatas a cualquier coste ante el empeoramiento de las condiciones ambientales. Los segundos proponen medidas según sus costes y beneficios correspondientes.

El centro de la discusión es un choque de visiones acerca del medio ambiente. La solución más lógica vendrá de enfrentar ambas visiones del mundo, someterlas al juicio de los datos, y aportar información científica con el objetivo de proponer las soluciones más adecuadas para resolver conjuntamente los problemas ambientales del planeta. La estadística y la ciencia no deben servir sólo para documentar posiciones, sino para ayudarnos a conocer la realidad, o lo que seamos capaces de captar de ella.

BIBLIOGRAFÍA

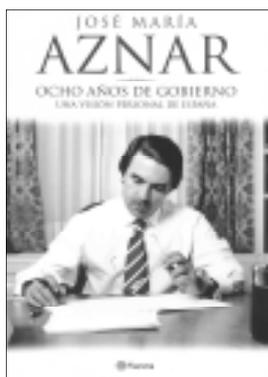
Lomborg, B. (2003): *El ecologista esceptico*, Espasa Calpe, Madrid.

## RESEÑAS

### Ocho años de gobierno: una visión personal de España

José María Aznar  
*Ocho años de gobierno:  
una visión personal de España*  
Ed. Planeta, 2004.

Este no es un libro de memorias. Así se plantea desde el principio del mismo. El ejercicio de la reflexión en torno a la memoria requiere tiempo y decantación silenciosa. Enjuiciar las impresiones vitales está subordinado a la existencia de una distancia afectiva que ponga las cosas en su sitio. Dejar La Moncloa y reti-



rarse de la política activa cuando se ha sido presidente del Gobierno durante ocho años intensos demanda una especie de «cordón sanitario» que filtre las vivencias y las sitúe en sus justos términos. José María Aznar lo sabe. Los efectos de la descompresión política están todavía por llegar. De hecho, el libro fija de antemano sus coordenadas con el subtítulo «Una visión personal de España», mientras que el prólogo advierte al lector que no se precipite en el juicio, pues el autor matiza que estamos ante unas «notas de urgencia» que tratan de plasmar sus «opiniones sobre algunos asuntos que me han ocupado y ocuparán la vida de los españoles durante los próximos años».

Por tanto, no estamos ante un trabajo cerrado. Por utilizar una expresión orteguiana: estamos ante una obra *circunstanciada*: unos apuntes que perfilan líneas de indagación que darán frutos de análisis en el futuro. Este dato hay que tenerlo en cuenta a la hora de aproximarse con justicia a sus páginas. Si no se tiene presente este aviso para navegantes el lector perderá la clave referencial que vertebra la coherencia interna de un libro marcado por la premura y la espontaneidad, es cierto, pero porque así fue concebido y querido por su autor, tal y como apostilla el hecho de que se reconozca que es el producto de las cintas magnetofónicas grabadas durante los últimos meses de su gobierno con la ayuda y colaboración del historiador José María Marco. Digamos, por resumir, que nos encontramos ante el cuaderno de bitácora de dos legislaturas que Aznar ofrece deliberadamente adelgazado de concesiones al matiz y al trabajo de orfebrería.

Con todo, una de las cosas más llamativas que revela *Ocho años de gobierno* es ver cómo sus páginas sacan a la luz la personalidad y la medida del autor o, si se prefiere, las claves profundas de su carácter. Liechtenberg dice en uno de sus aforismos que todo libro es una llave de acceso a los caracteres originarios que aloja secretamente la autoría y que pueden descifrarse mediante la lectura de esa ruta personal que traza siempre la escritura. En este sentido, la obra que se reseña en estas líneas revela claramente quién es José María Aznar a través de la sobriedad, economía de recursos y el apego conciso a la reflexión que caracterizan su estilo sereno y comedido y que, a su vez, reproducen fielmente una forma de gobernar que, según sus propias palabras, ha estado guiada «por un profundo respeto a la palabra dada, a la dignidad personal y a la verdad».

En la presentación que hizo Jon Juaristi del libro, aventuró cariñosamente un matiz descriptivo que comparto tras la lectura de *Ocho años de gobierno*. Dijo que José María Aznar es un jansenista castellano, circunstancia que ha confirmado con creces no sólo por su apego a los escritos de Jiménez Lozano, sino sobre todo al ser capaz de desplegar un temple recio y medido en los difíciles momentos de excepcionalidad política y de tensión que han marcado los dos últimos años de su gobierno. Ha sido precisamente en esas

«pruebas» vitales donde Aznar nos ha revelado la entraña más profunda de una personalidad política basada en el ejercicio firme de las convicciones.

Para Antonio Maura existían dos maneras contrapuestas de gobernar. No en balde su experiencia gubernamental se vio truncada trágicamente por haber sido fiel a una de ellas. «Gobernar no es escuchar sólo el ruido de la calle para seguir todos los signos y todas las marchas; gobernar es tener un concepto perfectamente claro de lo que se persigue, una voluntad firmísima de lo que se quiere». De acuerdo con estas palabras de Maura, no cabe duda que Aznar ha gobernado siguiendo las pautas mauristas del gobernante que no ejerce su responsabilidad política desde la precaución electoralista de mirar por el rabillo del ojo los vaivenes y ruidos de la calle. Incluso sus detractores más furibundos –que recuerdan, por cierto, aquellos otros que se entregaron a la algarrabía callejera gritando ¡Maura, no!– tendrán que admitir a José María Aznar que ha gobernado sabiendo con claridad lo que quería en cada momento, al tiempo que ha estado dispuesto a ejercer contra viento y marea su voluntad para conseguirlo.

En apoyo de esta innegable claridad ha estado la geografía intelectual de Aznar y su longitud de onda básicamente liberal. Sin pretender honduras profundas, *Ocho años de gobierno* descubre un identitario político que es fiel a una tradición en la que el liberalismo español brota sin tapujos de la mano de tres autores disímiles pero hermanados por un deseo de encarar la adversidad sin mixtificaciones ni renuncias: Antonio Cánovas, Antonio Maura y Manuel Azaña. Los tres, políticos de liderazgo, de adhesiones y rechazos inquebrantables, en los que el fuste intelectual corría parejo a una personalidad compleja e, incluso, trágica, si se acepta esta adjetivación en su sentido más literal. Los tres, en todo caso, profundamente españoles y los tres, cada uno a su manera, políticos de convicciones en el sentido más weberiano del término, aunque sin que esta circunstancia pudiera deslucir su vocación de servicio y responsabilidad.

Junto a este piélago de políticos españoles, José María Aznar se nutre de una geografía de vivencias contemporáneas, destacando dos: la experiencia de la Transición española y la caída del Muro de Berlín. La construcción de la democracia española a partir

de la superación de la herencia biográfica que los españoles tenían de la Guerra Civil, y la práctica del consenso anudada al proyecto de la Transición, han sido determinantes en la conformación del programa reformista hecho propio por Aznar desde que asumió la presidencia del refundado Partido Popular en 1989. Todo un capítulo de su libro se dedica al «Legado de la Transición», período que llega a describir como «uno de esos momentos en que los españoles estuvimos, sin duda, a la altura de lo que se exigía de nosotros».

Para el autor, las elecciones de 2000 fueron el momento culminante de ese proceso, ya que cerraron «definitivamente la ruptura abierta por la Guerra Civil». Pero al lado de esa experiencia nacional va el hecho de que el 9 de noviembre de 1989 los alemanes del Este recobrasen su libertad. Con tan singular destrucción iconográfica, el planeta no sólo vio desintegrarse el socialismo real sino que situó a la izquierda ante el espejo implosivo de ver cómo se desmoronaba el mito de la utopía revolucionaria que propició su nacimiento. Desde entonces, la caída del Muro de Berlín ha supuesto para la izquierda un lastre emocional: un disparo a bocajarro en el corazón de su identidad fundacional. Trastocado radicalmente el horizonte del mito, una de dos: o sobrevive como un zombi sin aliento vital o reformula edípicamente sus planteamientos matando al padre revolucionario, algo que, por ejemplo, ha sabido hacer Tony Blair de la mano de su centrado «nuevo laborismo».

Probablemente la fortaleza de Aznar como político de convicciones traiga causa de ambas vivencias. Por un lado, porque le han permitido reafirmar su confianza en las posibilidades de España, y, de otro, porque le han confirmado que la defensa de la libertad requiere una dedicación infatigable que alimenta una verdad última: la de que el liberalismo no responde a ningún ciclo histórico, sino que tiene que ver con una raíz antropológica que hace del hombre un ser sediento de libertad por vocación y destino.

Producto de esas convicciones personales son, sin duda, las decisiones de Aznar y sus logros políticos pero, también, y como reacción a aquéllas, la oposición visceral planteada por sus detractores. En realidad, buena parte del encrespamiento de la política española vivida en la segunda mitad de la legislatura 2000-04 trae causa del miedo con el que la

izquierda y el nacionalismo radical contemplaron los efectos electorales que podían generar los éxitos cosechados por una derecha centrada y sensata que había logrado conectar con las clases medias emergentes que protagonizaron el milagro económico experimentado a partir de 1996. El problema residió en creer que esa sintonía podía sustentarse por sí sola en la fuerza de los hechos, olvidando que a pesar de los logros de una de gestión eficaz, ésta tiene que ser vestida con gestos y actitudes que desactiven los «tics» antiderechistas y antiespañolistas que todavía seguían vigentes en el inconsciente colectivo de una parte muy significativa de la sociedad española.

Político renuente —como reconoce en *Ocho años de gobierno*— a hacer concesiones a la opinión pública, José María Aznar enfatizó el papel del político que confía en el sentido común de los electores, olvidando que las sociedades modernas son, también, sociedades de masas que consumen grandes dosis cotidianas de imagen. Como se vio a raíz de la catástrofe del *Pres-tige*, de la crisis de Irak y, finalmente, de los días que mediaron entre el 11-M y las elecciones del 14 de marzo, la sociedad española permanece instalada en la vivencia de los viejos iconos de un pasado que ha seguido y sigue ahí, en buena medida operativo. La vivencia de la crisis de Irak descrita con detalle en el libro está ahí para demostrarlo. Los cuarenta años de aislacionismo franquista y la resaca neutralista de la Guerra Fría son rémoras del pasado que parecen grabadas a fuego lento en la piel de muchos españoles.

Es indudable que la mayoría absoluta de 2000 fue la confirmación de que se habían hecho bien las cosas, pero el PSOE aprovechó el error táctico del PP de confundir lo que era una creencia con una convicción, y se lanzó a una campaña de oposición desleal que culminó en el paroxismo final del todo vale. Resumiendo: Aznar bajó la guardia y se quitó el guante de terciopelo de la primera legislatura, mostrando la fortaleza desnuda de quien confía firmemente en que tiene ante sí una sociedad desprejuiciada que juzga políticamente sobre la base de criterios de eficacia y coherencia gestoras.

Con todo, el futuro situará a cada uno en su lugar. *Ocho años de gobierno* se cierra apelando a la acción del tiempo. El político de garra que es José María Aznar puede retirarse con la conciencia tranquila y la segu-

ridad de que el proyecto que puso en marcha en 1989 será defendido por sus sucesores. Cubierta una etapa de servicio a la democracia española, el político afronta ahora el difícil escenario vital de la retirada, el silencio y la rendición de cuentas ante la historia. Porque será ésta la que sitúe al autor en su justa medida. Entonces será la hora de la autobiografía y las memorias. Mientras, tan sólo cabe esperar. Cumplido el compromiso de la retirada, José María Aznar sabrá seguir ejerciendo con responsabilidad sus otros compromisos personales: con el partido que condujo al gobierno y con esa gran nación a la que ayudó a superar sus absurdas ideas de resignación y empequeñecimiento histórico.

JOSÉ MARÍA LASSALLE

## Palabra de vasco

Santiago González  
*Palabra de vasco.*

*La parla imprecisa del soberanismo.*  
Espasa Calpe. Madrid 2004.

La imagen del laberinto, tan recurrente en la literatura política, encuentra en el caso del País Vasco un uso que, si bien le hace perder originalidad, ha resul-



tado inspirador de reflexiones muy estimables en torno a la realidad y, sobre todo, a la ficción que se amal-

gaman en el afán hegemónico y en las obsesiones identitarias del nacionalismo.

Julio Caro Baroja habló –y escribió– del «laberinto vasco» sin otras pretensiones. Bastantes años después, Mario Onaindía ofreció una «Guía para orientarse en el laberinto vasco», más ambicioso en su finalidad pero lo suficientemente modesto como para renunciar a encontrar la salida. Ahora, Santiago González, periodista y continuador de la mejor tradición del periodismo de opinión en el País Vasco, nos ofrece lo que a pesar de su título, perfectamente podría ser una nueva guía, esta vez para orientarse entre la niebla verbal y la perversión semántica convertidas en la segunda piel de la política nacionalista.

El libro de Santiago González no es una antología del disparate. Eso es precisamente lo inquietante. Por el contrario, se trata de una exposición, nada superficial por cierto, del discurso y la práctica nacionalista en su actual delirio soberanista. El lenguaje –«la parla»– como expresión arbitraria de poder que el autor ejemplifica con la cita de «A través del espejo y lo que Alicia encontró allí»:

- «Cuando yo empleo una palabra –insistió Humpty Dumpty en tono desdeñoso– significa lo que yo quiero que signifique... ¡ni más, ni menos!
- La cuestión está en saber –objetó Alicia– si usted puede conseguir que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
- La cuestión está en saber –declaró Humpty Dumpty– quién manda aquí».

Hace menos de dos años, en un breve prólogo para el libro *Vocabulario democrático del lenguaje político vasco* publicado por la asociación Ciudadanía y Libertad, Mario Onaindía señalaba que la maraña de «palabros» que ahoga el debate político en el País Vasco y la necesidad de aclararlos «es una buena prueba de la especial situación que vivimos en un país donde impera una política que tiene las características que se le atribuyen a la borrachera: cánticos regionales, exaltación de la amistad y negación de lo evidente».

La asociación del lenguaje político imperante en el País Vasco con estados de conciencia alterados, ya sea el de la cuadrilla en plena juerga o el del sueño de Alicia, no es exagerada. Bien mirado, es una asociación imprescindible para crear y creerse esa

realidad virtual que con maestría el nacionalismo ha ido tejiendo. Ese mundo en el que los terroristas son «*personas que se relacionan en negativo con los derechos humanos*», los verdugos son los perseguidos injusta y antidemocráticamente, y en el que a las víctimas, en vez del pésame, hay que darles la enhorabuena porque su sufrimiento –y mejor aun si es el sacrificio de su propia vida– les reporta muchos votos. Ese mundo en el que las sentencias de los tribunales son agravios porque, al fin y al cabo, «*al pueblo no le paran las leyes*» y, por tanto, «*los vascos (y las vascas) serán lo que quieran ser*».

No pueden extrañar los efectos melancólicos del esfuerzo de pedagogía que tanto se reclama y que tantos vienen haciendo desde un compromiso personal e intelectual admirable. Pero el hecho de que ese esfuerzo deba producir todavía efectos políticos concluyentes no significa que haya sido baldío y, por eso, sigue siendo necesario. Si parece que la realidad en el País Vasco no se ve, no es porque se encuentre oculta ni porque sea especialmente compleja: Es porque resulta de una claridad cegadora para aquellos sectores de la sociedad y de la opinión pública vascas que, de aceptarla, tendrían que resolver dilemas morales y políticos, dilemas humanos en suma, que no están dispuestos a plantearse.

«La parla» que Santiago González explica, y en no menor medida denuncia, es el anestésico generado por el nacionalismo que, aplicado en dosis masivas sobre una sociedad con un desolador déficit cívico, alivia de cualquier responsabilidad y no sólo tranquiliza las conciencias sino que sirve para convencer a la audiencia de que el desastre para las libertades y la democracia tiene hechuras de lucha por la construcción nacional y la liberación de un pueblo que, por si fuera poco, «*forma parte de Europa desde los albores de la historia*» (Ibarretxe).

La tautología hueca –«*quien niega el diálogo niega la solución*»–, la sinécdoque, el chascarrillo cotilla, la maledicencia contra movimientos cívicos, adversarios políticos, jueces y periodistas –«*GAL mediático*» como les calificó Ibarretxe–, la relativización del sufrimiento de víctimas y amenazados (acracia sentimental, la denomina González), el recurso «ad nauseam» de palabras talismán, la invocación entre teatral y totalitaria de la voluntad del pueblo, la este-

rilización de significados morales sinceros, aparecen recogidas en este libro, lleno de los testimonios que de todo lo anterior vienen proporcionando los políticos y los medios de comunicación nacionalistas. No se trata sólo de proclamas mitineras, sino de intervenciones parlamentarias, comparecencias solemnes, ponencias debatidas en las organizaciones de partido y entidades del mundo nacionalista, comunicados de condena, artículos de opinión y las más diversas publicaciones.

Si de algo no se puede acusar al autor de *Palabra de vasco* es de sacar las citas fuera de su contexto. Lo que hace es justamente lo contrario, situarlas en su contexto auténtico y real y demostrar, entre otras cosas, que esta parla soberanista no es una creación retórica coyuntural, ni un instrumento táctico para la batalla política. La parla, imprecisa en tantos sentidos, del soberanismo se ha convertido en instrumento de elaboración de ideas y actitudes «*lo que explica en parte*—concluye González— *el galimatías que se está formando en el País Vasco desde que el nacionalismo inició su derrota soberanista*».

Este libro está hecho con esos materiales que han sido tan fecundos para la emancipación del pensamiento cívico, democrático y constitucional frente al nacionalismo en estos últimos años. La ironía, el sentido del humor—que en el País Vasco es una expresión de libertad intelectual y personal especialmente irritante para muchos— y la memoria, que es todavía más irritante. Así, el autor, al referirse al lenguaje paliativo y mixtificador que utiliza el nacionalismo en relación con la violencia terrorista, recuerda la comparecencia de Ibarretxe ante los medios de comunicación después del asesinato del concejal del Partido Popular, Manuel Indiano, para afirmar, con gesto de compunción: «*Quiero dirigirme a ETA de manera contundente: este no es el camino*». Pero ni la ironía es escéptica, ni el humor es frívolo, ni la memoria es vengativa. Son instrumentos de rigor intelectual de todos aquellos que, como Santiago González, a la vista de lo que el lendakari entiende por contundencia, hace tiempo que tomaron la decisión de no asistir a la tragedia con los brazos cruzados y la garganta enmudecida.

JAVIER ZARZALEJOS

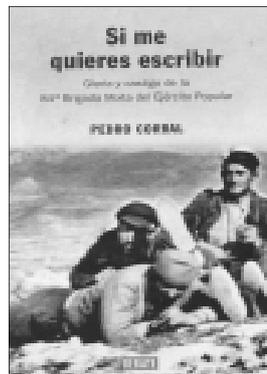
## Si me quieres escribir

Pedro Corral  
*Si me quieres escribir*  
 (Gloria y castigo de la 84ª Brigada Mixta del Ejército Popular)  
 Ed. Debate, Barcelona, 2004.

*Homo sum, nihil humani a me alienum puto*

Terencio

Pedro Corral tenía 12 años el 20 de noviembre de 1975, cuando falleció el general Franco. Sus padres, seguramente, vivieron la guerra civil siendo niños o adolescentes, y padecieron una larga y triste posguerra. Seguramente Corral creció escuchando la *historia oficial*, tan *oficial* como la que aprendieron en sentido contrario los niños del exilio. Pero Corral también creció en un mundo que ya nada tenía que ver con lo que le contaban. La suya, ni siquiera fue la España de los años 60, que comenzaba el desarrollo econó-



mico, sino la España que lo culminaba. Aquella España agraria de los años 30, sumida en un atraso secular, sacudida por la pérdida de su sentido histórico tras la pérdida de las últimas colonias, aherrojada en la injusticia social—el latifundismo, el caciquismo, el clericalismo, el clientelismo político—, pero también seducida por las quimeras de la ideología del progreso—el fascismo, el nazismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo— se había convertido en una España urbana, con una clase media mayori-

taria, creativa y pujante, que gestaba la Transición y la incorporación política y económica a Europa. Si en 1965 Francisco Ayala escandalizó a la izquierda y enfureció al Régimen cuando vaticinó que nunca habría ya una Revolución, invalidando cualquier «amenaza comunista» simplemente porque los obreros podían comprarse un seiscientos; en los años 70 los españoles se contenían estoicamente, sabedores de que la extinción física del dictador estaba naturalmente próxima. Poco antes de Ayala, Jorge Semprún y Fernando Claudín habían advertido con toda claridad que la estrategia insurreccional del PCE –la Huelga Nacional Política– estaba fuera de la realidad, por lo que a principios de los años 60 habían sido expulsados a las tinieblas exteriores del Partido. En fin, Corral, que tenía 12 años en 1975, nunca vio las heridas de la guerra, como mucho las heredó bajo la especie narrativa. A fin de cuentas, la guerra civil –hecho fundacional de la democracia española contemporánea– para nosotros sólo era un *relato*, así sea bicéfalo: y como casi todo hecho fundacional, un relato violento: la historia de Caín y la del chivo expiatorio, Abel, historia que origina casi todas las fundaciones sociales. Pero, Caín y Abel son intercambiables según quién hubiera ganado la guerra. Y en España, el vencedor militar, bajo cuya bota se produjo la modernización social y económica, a la postre fue el perdedor moral; mientras que el vencedor moral, al asentarse, ha ido imponiendo su relato, una nueva *historia oficial* a veces tan acrílica como la del franquismo.

Quizá porque Corral heredó la historia oficial del franquismo, que no se correspondía con la realidad económica y social que le tocó vivir durante su infancia y adolescencia, al ponerla en relación con la nueva historia oficial sintió perplejidad. Eran complementarias, imagen negativa la una de la otra, y aun así les faltaba algo. Como en todo palimpsesto, al superponerse, medio borrarse, encabalgarse, la escritura resultado de esa alquimia sobre todo señalaba sus carencias. Era el factor humano –no el de los hombres o las ideas providenciales, sino el de los hombres singulares– que parece estar ausente de la historia hagiográfica tanto como de la ideológica o economicista. Ese factor humano que hoy historiadores como Antony Beevor reivindican al narrar, por ejemplo, la batalla de Stalingrado o la caída de Berlín. La intrahistoria.

Durante años, al principio sin más propósito que buscar la encarnación de aquella guerra fundacional, Corral exploró las cicatrices de la contienda en la sierra de Guadarrama, en Belchite, el hayedo de Montejo o el valle del Jarama: búnkeres, trincheras, ruinas fantasma... Iba en busca de restos palpables: balas, obuses, armas, correajes, cascos (con uno de su colección retrató a Paul Preston), hasta que en Teruel descubrió ese *factor humano* en su expresión más trágica. Una historia que contravenía a las historias oficiales con las que había bregado hasta ese día.

Periodista profesional de reconocida solvencia cultural (Corral ha sido redactor de Cultura de ABC, jefe de Arte de ABC Cultural y corresponsal del diario madrileño en Roma), decidió desarrollar tal descubrimiento como un reportaje literario y no como novela. Como tema humano, titula su libro con una de las canciones de guerra más populares: *Si me quieres escribir...* una canción que remite, más allá de las arengas que contengan sus distintas versiones, a la intimidad de recibir una humilde carta, la mayor satisfacción de los soldados. Es, así pues, una historia de soldados, una gesta bélica y una tragedia. Como tragedia, Corral pone su indagación bajo el signo de *Medea*, no en vano uno de sus protagonistas, Andrés Nieto Carmona, alcalde socialista de Mérida, había escogido esa obra para representarla allí en presencia de Azaña, de Unamuno y otros intelectuales y políticos en 1933; teniente coronel con mando sobre la 84 Brigada Mixta, él daría la orden de fusilar a los hombres que se sublevaron después de la toma de Teruel, ocurrida el 8 de enero de 1938. Corral intuye que Nieto huía hacia delante, que obraba por miedo a las consecuencias que traería desobedecer la orden de movilización para cumplir la palabra empeñada, un permiso otorgado a quienes rindieron a Rey d'Hacourt, comandante militar nacionalista. Igual que Medea, antes que defenderlos, Nieto sacrificó a sus hijos.

Como reportaje literario, el autor reconstruye la toma de Teruel –la única ciudad conquistada por la República durante la guerra civil– no sólo situándonos físicamente en un paisaje real que él mismo ha transitado, sino a través de las crónicas y las fotografías realizadas por Robert Capa, Ernest Hemingway, Herbert L. Matthews (*The New York Times*) y novelas documentales como *Laberinto mágico*, de Max Aub,

reportajes o ensayos como *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell, *La esperanza*, de André Malraux, o *Guerres y vicisitudes de los españoles*, de Julián Zugazagoitia. Testimonios que Corral coloca en el mapa de operaciones que se desprende de las fuentes de investigación histórica (Azaña, Bolloten, Aznar Zubigaray, Líster, Rojo, Engel, Jackson, Thomas, Salas Larrazábal, Tuñón de Lara, etc., así como los archivos militares), aunque sea cierto que la toma de Teruel no fue nunca muy historiada, ni recordada por unos o por otros. Para los vencedores era una derrota a olvidar; para los perdedores, también: hubieron de abandonar la ciudad muy poco después de ganarla... y era el principio del fin. También reportaje de investigación histórica, *Si me quieres escribir* no oculta bajo la ideología (el texto no busca legitimar o deslegitimar a ninguno de los bandos de la guerra) el trasfondo político que se vivía en diciembre de 1937 y comienzos de 1938: la regularización del ejército de milicias. El tránsito de un ejército de «compañeros», en el que los mandos eran, algunas veces, uno más, a un ejército «normal». Y en un ejército regular, desobedecer una orden es sedición, aunque otros jefes militares, como el recién ascendido Líster, desobedecieran la misma orden que Nieto recibió sin que rindiera cuentas.

Pedro Corral, siempre periodista, cierra su libro abordando personalmente a los supervivientes de aquellos sucesos. Al desenterrarlos, ha obrado por el imperativo moral de darles voz. Los héroes que culminaron la gesta bélica de Teruel, días después fueron sumariamente acusados de traidores y tratados como tales; y aún deberían sufrir el doble castigo de ser considerados enemigos por los vencedores de la contienda; nuevamente humillados, sólo han vivido en silencio. Su grandeza trágica produce en el lector la sensación de que precisaban un espacio aún mayor en este intenso reportaje, por lo demás, bien escrito, sin alharacas ni digresiones, hilado con vigor narrativo, funcionalidad y gracia literaria.

A diferencia de otros muchos relatos sobre la guerra civil desde uno y otro lado (como pudieran serlo los de García Serrano o Agustín de Foxá, pero también *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas, novela en la que el autor detesta al personaje que genera la narración: Rafael Sánchez Mazas), Pedro Corral no ha ido

en busca de la memoria histórica con resentimiento alguno: la vindicación es moral y humana, no política ni ideológica. Y ahí reside su virtud balsámica.

TULIO DEMICHELI

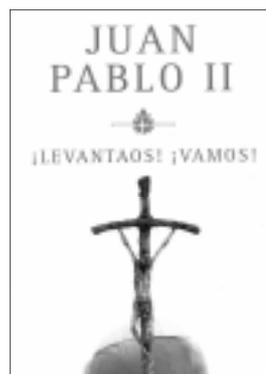
## ¡Levantaos! ¡Vamos!

Juan Pablo II

¡Levantaos! ¡Vamos!

Editorial Plaza y Janés. Barcelona, 2004

Karol Wojtyła ha escuchado muchas veces a lo largo de su vida esta llamada: ¡levántate, vamos! Quizás la última haya sido en aquellos días de Octubre de 2003, llenos de incertidumbre, cuando corría por las redacciones de medio mundo la especie (siempre bien



informada, por supuesto) de que al Papa le quedaban pocos días. En lugar de abandonarse a la pendiente, el anciano polaco sucesor de Pedro, se levantó de nuevo en pos de esa llamada: ¡vamos!, aún es tiempo de labrar el campo. Este libro es parte de una larga siembra que Otro le ha encargado. ¿Cuál es su trama? Creo, sin dudar, que el agradecimiento. Es la misma confianza que Juan Pablo II les hizo a los jóvenes en la tarde de Cuatro Vientos, y que ha querido dejar estampada en este texto: «al volver la mirada atrás, vale la pena entregarse a la causa de Cristo».

El cristiano comprende que la vida consiste en responder a un Tú que siempre llama por amor, y esta

obra refleja la aventura de un hombre que ha dicho «sí» en medio de toda suerte de dificultades, confiado siempre en la veracidad de quien le ha llamado. Ya en la primera página se plantea cuál es la fuente de su vocación. La historia arranca en el ya lejano 1958, pero sin pretensión de dibujar un cuadro biográfico completo. El joven sacerdote Wojtyła disfruta navegando en canoa junto a sus amigos; le ha convocado el Primado Wysinski, pero no sospecha el motivo: «*Eminencia, soy demasiado joven*». El gesto gratuito de la elección de Dios permanece siempre un misterio. No son las condiciones favorables ni la lógica humana, las que nos dan la clave. El Papa escritor evoca las palabras de Jesús: «*no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure*».

Cristo llama a través de la Iglesia, y llama para una tarea y en un escenario concreto. Al joven Wojtyła le tocaba ser obispo en una Polonia herida por la guerra y gobernada por los comunistas bajo la atenta mirada de Moscú. Ese es el contexto histórico de un ministerio pastoral al que se entrega con entusiasmo desde el primer momento: visita las parroquias, dialoga con los intelectuales, cuida especialmente a las familias, y lucha por la libertad de su Iglesia frente a las pretensiones de un Estado totalitario. En el relato no hay artificios ni complicaciones; se diría que el Papa permite que nos asomemos a sus pensamientos, en los que alternan recuerdos y meditaciones que en muchos momentos se convierten, casi sin previo aviso, en oración.

Sus primeros pasos como Obispo auxiliar de Cracovia anuncian ya algunos de los rasgos más personales de su pontificado. Por ejemplo su apertura al mundo de la ciencia y de la cultura (que él mismo reconoce con franca sencillez, no es distintiva de todos los obispos). Seguramente esta apertura vino preparada por su relación singular con la literatura y el teatro (la afición que más subraya en este libro junto al deseo irresistible de recorrer los lagos en canoa) y por su inmersión en la filosofía. Ya entonces cultiva en la Universidad el diálogo con los científicos, como hará muchos años después durante los veranos en Castelgandolfo.

También aparece ya en esos momentos el obispo andariego que goza especialmente con la visita a las parroquias en la ciudad o en los pequeños pueblos, pero también el hombre de extensos horizontes, que confiesa con sencillez que siempre le ha gustado viajar. Karol Wojtyła se sabe elegido, consagrado como pastor mediante la imposición de las manos de los obispos que le preceden en el ministerio. Pero es consciente de haber sido elegido «para el mundo». Nada de lo humano le resulta ajeno, y así se explica esa fresca desenvoltura que tanto ha sorprendido a quienes han pretendido etiquetarlo. De modo que el intelectual riguroso que discute con físicos y filósofos, no rehúye el cuerpo a cuerpo de la catequesis con niños y jóvenes, o la larga escucha de los problemas familiares. Desde la estación postrera en la que escribe, la sabiduría del Pontífice se hace al tiempo sencilla y luminosa, cuando pide para sus hermanos «*el don de hablar un lenguaje comprensible para nuestros fieles*». El Papa brinda también sugerencias preciosas sobre la casa del obispo, que él quiso mantener como casa de puertas abiertas, lugar de encuentros y coloquios, espacio de oración, pero a veces también de refugio; una casa, nos confiesa con sencilla alegría, siempre «*llena de vida*».

A lo largo de estas páginas habla también un pastor que no aplica el típico y obligado discurso sobre los seglares, sino que ha vivido estrechamente con ellos una experiencia de pueblo. Comprende su vocación en la Iglesia y en el mundo, estimula sus iniciativas y acompaña sus fatigas, y como padre de muchos y variados hijos, muestra su alegría por la novedad de los movimientos y comunidades que rejuvenecen el rostro de la Iglesia. Manifiesta también una dedicación especial a las familias y una comprensión aguda y apasionada de la vocación matrimonial, terreno en el que seguramente ha profundizado como pocos Papas en toda la historia, y que ha propiciado esa pequeña joya teatral titulada «El taller del orfebre».

A diferencia de un libro de memorias al uso, aquí no encontramos una galería de los personajes que han tenido relación con el autor; sin embargo nos ofrece breves pero significativos comentarios sobre algunas personas que han acompañado su camino. Sobre el

fondo de la narración se dibuja la figura intrépida y majestuosa del Primado Wysinski, tan distinto de Wojtyla pero profundamente unido con él en la difícil guía de la Iglesia en Polonia. Entre otras, destaca la referencia a la Madre Teresa de Calcuta, que ha mostrado el vínculo esencial entre evangelización y caridad. En otro momento reconoce cómo le confortó el encuentro con el teólogo De Lubac durante las sesiones del Concilio, lo que aprendió de Pablo VI en sus visitas a Roma, y la ayuda y la amistad del cardenal Ratzinger a lo largo del pontificado.

Pero es quizás en el último capítulo, donde Juan Pablo II nos ofrece su mirada más profunda al misterio del sacramento del Orden, y en cierto modo, a la entera misión que el Señor ha confiado a su Iglesia. Digo «misterio», porque la tarea del obispo es evidentemente desproporcionada. Siendo un hombre, hecho del mismo barro que los demás, debe ser testigo de la verdad de Cristo con obras y palabras. Y en esto no hay espacio para el compromiso, ni posibilidad de recurrir a la diplomacia humana. Por eso Karol Wojtyla vibra especialmente con el recuerdo de su predecesor, el obispo mártir San Estanislao, al que dedicó un hermoso poema del que nos ofrece varios pasajes en este libro. Para un obispo, la falta de fortaleza es el comienzo de su derrota, pero el secreto de esa fortaleza no es una especial aptitud, sino la primacía de la fe, una fe que no se arredra, porque sabe de quién se ha fiado.

Encontramos por tanto un subrayado especial del puesto que ocupan los mártires en la Iglesia, y del aspecto martirial que conlleva siempre el ministerio del obispo. Dentro de esta peculiar vocación, se entiende su tarea de defensor de la grey frente a los poderes del mundo hostiles a la fe. La lucha por la libertad de la Iglesia ha sido un factor esencial en el desarrollo de la personalidad del joven obispo Wojtyla, y aunque en esta meditación los episodios aparecen con deliberada fugacidad, aparece documentada en los episodios de la construcción de la iglesia de Nowa Huta o de la Universidad Jagellónica. En cualquier caso, la fe se presenta como espacio de libertad frente a la pretensión absoluta del poder político, un asunto que no deja de ser relevante en nuestros propios sistemas democráticos.

Creo que al escribir este libro, Juan Pablo II ha tenido muy presentes las angustias de esta hora, angustias que también alcanzan al seno de la Iglesia. No esconde que las palabras elegidas como título evocan «*un tiempo de prueba, un gran esfuerzo y una cruz dolorosa*». ¿Cómo anunciar la fe en un mundo que ha hecho del relativismo su primer dogma, cómo romper la costra de los prejuicios y de la indiferencia, cómo hablar a una generación que, quizás por primera vez en Occidente, crece al margen de la gran tradición cristiana? Frente a estas preguntas, el apóstol siente que le falta el aliento, y si contempla sus propias fuerzas se ve tentado de abandonar. Sin embargo, la propia vida de este Papa singular es el testimonio de la victoria de la fe en la historia, no al margen de ella. Y cuando nos dice que Dios, a la vez que pide ofrece siempre la ayuda necesaria, sentimos un acento de verdad indudable en sus palabras. Como si leyera su propia historia desde la silla seguramente incómoda de Pedro el pescador, Juan Pablo II nos habla de una fe que comporta ir continuamente más allá de lo que amamos, lo que poseemos o nos es bien conocido, para asomarnos al horizonte inmenso del mundo. Es un viaje que sólo puede emprender quien ha encontrado el tesoro de la fe, y comprende que no puede guardarlo avariciosamente para sí.

¡Profundo misterio!, que el designio de Dios haya querido contar con la libertad y la inteligencia de los hombres para realizar su obra. «*Se necesita nuestra fe, nuestra responsabilidad y firmeza para que el don de Cristo al mundo pueda manifestarse en toda su riqueza. Una fe que no sólo conserve intacto en la memoria el tesoro de los misterios de Dios, sino que tenga también la audacia de abrir y manifestar de modo siempre nuevo ese tesoro ante los hombres*». Y como si sintiera la desazón de tantos ante semejante empeño, repite de nuevo: «*¡vamos!, vamos confiados en Cristo, Él será quien nos acompañe hasta la meta que sólo Él conoce*». Contemplando el itinerario apasionante de su vida, bien podemos decir con él, que vale la pena vivir esta aventura.

JOSÉLUISRESTÁN

## Occidente contra Occidente

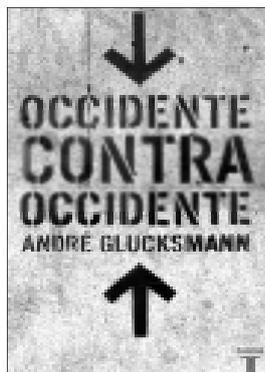
André Glucksmann  
*Occidente contra occidente*  
 Ed. Taurus, 2004. Madrid, 2004.

«*Quien se niega a emprender una guerra  
 que no puede evitar, la pierde*»

A. Glucksmann

André Glucksmann, filósofo, nacido en Boulogne, Francia, 1937. Tras cursar estudios en Lyon y Saint Cloud, trabajó en el CNRS como especialista en estrategia nuclear, persuasión y guerra. Glucksmann ha tenido que cargar con la etiqueta de «enfant terrible» de la filosofía francesa y es conocido en todo el mundo por su ensayo *Dostoievski en Manhattan*.

En *Occidente contra Occidente* el autor se atreve a criticar la respuesta autista que una parte de Occi-



dente da al desafío islamista. Y su mirada está exenta de las anteojeras ideológicas que distorsionan la realidad.

Glucksmann parte de una tesis: Existe una sola civilización occidental, aunque una parte de Occidente esté en contra de sí mismo. Así, el autor nos dice: «Para esquivar el 11 de septiembre, las élites europeas se aturden con el polvo del tiempo. Llena de pánico, la *vieja europa* [...] fabrica un hemisferio confortable para huir de los engorros de la realidad»; y es que «por muchas ilusiones que se haga de lo con-

trario, la civilización se une ante lo que esté en contra. En contra de lo que la destruye». Grecia supo siempre de su unicidad plural pero ahora, al igual que lo hizo la Hélade, Occidente tiene que darse cuenta de que el *otro* (entonces Persia y ahora el terrorismo islámico) amenaza su propia existencia.

A continuación el libro pone en evidencia las contradicciones de la beatífica «ley internacional», cuya arquitectura consta de dos estratos: los Estados (con fronteras herméticas e intangibles) y el Consejo de Seguridad de la ONU (único legitimado para transgredir el principio de soberanía). Pues bien, Kosovo y Ruanda son los últimos ejemplos que obligan a cuestionarse la rígida construcción de un Derecho Internacional basado en dos Tratados (la paz de Westfalia y la Carta de San Francisco).

Glucksmann nos propone otra Ley Internacional, la Ley no escrita de Antígona, que legitima el «derecho de injerencia» frente al tirano. Es más, el autor rescata el concepto del «derecho a ser liberado», principio que no es ajeno a los fundamentos de una organización (la ONU) cuyos fundadores liberaron a los alemanes y japoneses de sí mismos.

Otro hallazgo conceptual del autor es comparar el estatuto jurídico del terrorista con el que el Tratado de Utrech dio al pirata. Distingue al «adversario» del «enemigo del género humano»; al primero se le aplican las leyes de la guerra, al segundo se le puede atacar por sorpresa y sin declaración previa.

Glucksmann apela a una jurisdicción que no está escrita en ninguna ley positiva dictada por ningún poder soberano. Apela al mismo concepto de Justicia que permitió a los aliados juzgar a los jerarcas nazis tras la Segunda Guerra Mundial.

El libro trata también de explicar la relación amor/odio de los europeos con el «vaquero» como arquetipo del nuevo hombre libre norteamericano y la alianza entre Francia y Rusia.

Como colofón, Glucksmann afirma en el último capítulo: «la prohibición universal de la violencia ilimitada es trastocada por la radicalidad nihilista del terrorismo, nihilismo autosuficiente del que hace porque deshace. La libertad irreductible, poder de uno sobre uno mismo, es la diana del terrorismo contemporáneo [...]. Por tanto, la resistencia antiterrorista depende

necesariamente de una decisión en última instancia individual, y no de un soberano estatal o supraestatal».

Un brillante ensayo que tiene la virtud de dialogar con una realidad terrible, tan lejana aún del estadio de la «paz perpetua» kantiana, frente a la cual no cabe la creencia acrítica (como dice Ortega «las ideas se tienen, en las creencias se están») en una organización como la ONU.

MOISÉS RUBIAS BARRERA

## El poder legislativo estatal en el Estado Autonómico

Enrique Arnaldo y Jordi de Juan  
*El poder legislativo estatal en el Estado Autonómico*  
Faes, Fundación para el análisis  
y los estudios sociales, Madrid, 2003.

La Constitución española de 1978 ha ofrecido una respuesta coherente e integradora al problema, común en el mundo contemporáneo europeo, de asegurar el equilibrio entre el principio de unidad, considerado como un logro irrenunciable, y la autonomía de las regiones que en su día contribuyeron a forjar esa unidad. Una de las decisiones fundamen-



tales del constituyente de 1978 fue, sin duda, la asunción del pluralismo territorial. Por ello, en el hastial mismo de la Constitución se situó el artículo 2,

que reconoció el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones de España.

La opción del constituyente por la configuración del Estado autonómico pretendió dar solución a la organización territorial española mediante una forma de descentralización política a través de las Comunidades Autónomas. Desde el consenso básico se ofreció, así, la solución a un problema que se había planteado de manera recurrente en relación con la distribución territorial del poder político en la España del XIX y del primer tercio del XX. La Constitución abrió un camino que condujo a la consolidación de un modelo que pretendía dar respuesta a las propias expectativas de los sujetos autonómicos y a las demandas de mejor y más próxima atención a los ciudadanos. La nueva organización territorial se enmarcó, en fin, en el proceso de racionalización de la vida política y de profundización en la democracia y el pluralismo.

Cumplidos veinticinco años de vida constitucional es momento idóneo para evaluar el funcionamiento del Estado autonómico, a cuyo desenvolvimiento han contribuido todos los poderes públicos, funcionamiento que debe evaluarse positivamente, tras haber alcanzado la más intensa descentralización política conocida, por encima incluso de la mayor parte de los Estados Federales. Así lo manifiesta el dato de la distribución del gasto público del conjunto de las Administraciones (estatal, autonómica y municipal), que registra un crecimiento muy intenso del correspondiente al conjunto de las Comunidades Autónomas y una correlativa y profunda disminución del gasto gestionado directamente por la Administración General del Estado.

Asistimos, sin embargo, a un proceso que con frecuencia pretende exacerbar los elementos centrifugos o disolventes del principio de unidad, que procede a una reinterpretación infundada de la historia, y que da la espalda a la cohesión y a la solidaridad para favorecer los intereses propios de personas o grupos cuya voluntad se hace pasar por colectiva mediante un proceso de apropiación de la vida pública. Se afirma, para tratar de justificar esta degeneración intencionada del sistema constitucional, que los últimos gobiernos han impulsado una política antiautonómica, de cercenamiento y reabsorción de

competencias transferidas. Pero ése es un impulso que, dada su inexistencia, es imposible mostrar.

El libro de Enrique Arnaldo y Jordi de Juan que con el título de *El poder legislativo estatal en el Estado Autónomo* ha publicado Faes, argumenta consistentemente la falsedad de esa idea, la imposibilidad de sostener que en España se está produciendo un proceso de centralización. El estudio aborda la relación entre el poder legislativo estatal y el poder legislativo de las autonomías en el marco de la Constitución, un Estado complejo que en determinados aspectos funciona como una unidad pero que al mismo tiempo reparte o distribuye el poder con las Comunidades Autónomas que coadyuvan a la consecución de los intereses generales en su ámbito territorial. La obra pone claramente de manifiesto cómo el legislador estatal ha respetado las competencias autonómicas en la construcción del edificio legislativo del nuevo Estado autónomo, y el porqué de que se pueda afirmar que la lealtad institucional ha regido, y rige, las relaciones del Estado con las Comunidades Autónomas, dotadas de un marco estatutario que forma parte del bloque de constitucionalidad.

El espíritu de la norma constitucional ha sido respetado por el Estado, pero no ha sido siempre bien atendido desde algunas Comunidades Autónomas. Esa norma contempla apreciativamente y como parte de la vida política de cualquier sociedad compleja, la disputa y la confrontación de intereses entre las diferentes Administraciones públicas, y ha previsto los procedimientos para su solución, como lo hace cualquier sistema político. Pero en España, la existencia de conflictos y disputas entre Administraciones —que son equivalentes a los que acontecen en cualquier sociedad avanzada—, es presentada por parte de algunos grupos políticos autonómicos como un acontecimiento que “revela” un problema nacional que sólo puede ser resuelto mediante la impugnación del sistema que debe darle solución. La Constitución es, desde esta perspectiva, una mera disposición transitoria que “crea” los problemas que dice resolver.

Frente a ella, la defensa de la Constitución es la de un pacto que ha sido extraordinariamente beneficioso para el conjunto de los españoles y, en especial, para las propias Comunidades Autónomas. Se trata de una defensa utilitaria, no dogmática, y por esta misma

razón compatible con su reforma cuando se juzgue necesaria para preservar su espíritu y su utilidad, como ocurrió en 1992. Por ello, no se puede negar de antemano el efecto saludable de nuevas modificaciones, como tampoco se puede afirmar que “reformar” es siempre y por principio una actividad provechosa. Es ridículo que esta última afirmación dé origen a una acusación de “inmovilismo”: no se niega a moverse quien desea conocer el sentido del viaje antes de emprenderlo, aunque, luego, esa negativa puede ser el resultado del conocimiento del destino propuesto y de una legítima y muy comprensible resistencia a empeorar.

La defensa de la Constitución nos exige una actividad crítica permanente que debe permitir perfeccionar nuestro sistema autonómico, y también detectar propuestas que bajo la denominación de “reforma” ocultan la pretensión de erosionarlo o de inutilizarlo. Ésta puede ser una posición razonable ante la declarada intención del Gobierno de favorecer durante la presente legislatura diversas reformas constitucionales relativas a la organización territorial del poder. Como muestra el trabajo de Arnaldo y De Juan, será difícil mejorar lo que hay, pero si nos guiara el mismo empeño que nos guió hace 25 años —lo que, ciertamente, parece que no es el caso— ese perfeccionamiento quizás no sería imposible.

MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA  
 NAVARRO

---

## Retos de la sociedad Biotecnológica. Ciencia y Ética

Varios autores (Coordinador: César Nombela)  
*Retos de la sociedad biotecnológica:  
 Ciencia y Ética.*  
 Faes, Fundación para el análisis  
 y los estudios sociales, Madrid, 2004.

La biotecnología supone no sólo conocimiento de los seres vivos sino también posibilidad de intervenir en

ellos, modificando sus características y funcionamiento de manera radical. Nuestra sociedad se enfrenta a decisiones políticas que requieren un conocimiento claro de los fundamentos científico-técnicos y de sus consecuencias para el ser humano.

La fundación FAES reúne en este libro las reflexiones que, sobre las implicaciones sociales y éticas de las investigaciones biotecnológicas, expusieron destacados especialistas en sus cursos de verano de Guadalajara 2003.

Así, el profesor del Centro Nacional de Biotecnología, *Victor Lorenzo*, cree que estamos en el siglo de la biología y destaca el nuevo poder que supone el desarrollo de la biología molecular, la microbiología y la biotecnología blanca (dedicada a la producción de bioproductos), aunque expresa sus dudas por el futuro de los alimentos transgénicos ante el rechazo, no ya ético ni científico, sino político, de los movimientos ecologistas y las diversas sensibilidades sociales imperantes en Europa, EE.UU y otros países.



Por su parte, el profesor y coordinador de la obra, *César Nombela*, juzga vital para el propio conocimiento de nuestra especie y para el tratamiento de las enfermedades con base génica, no sólo la secuenciación del genoma humano, acelerada tras la entrada de una empresa privada –Celera Genomics– en el consorcio internacional encargado de ella, sino también el conocimiento de los denominados polimorfismos genéticos (las diversas formas que adoptan los genes). Así, cobran especial relevancia la tecnología proteómica (que estudia el conjunto de las proteínas resultantes de la codificación génica), la transcriptómica (que estudia la expresión de los genes mediante chips de DNA),

la metabonomía y la biología computacional, capaz de manejar enormes cantidades de información.

El profesor *Francisco Mora* mantiene que cada cerebro humano es único y que, con un mismo genoma, se formarían cerebros e individuos diferentes dependiendo de la distinta interacción con el medio ambiente. De esta forma, nuestros genes no serían depositarios exclusivos de nuestro destino como individuos, ni de nuestra buena salud o del desarrollo de enfermedades, sino que dependería además del juego genes-medio ambiente. A este respecto reclama que “al igual que la biología molecular está dando un sobrehumano impulso al entendimiento del genoma y el proteoma, debe dedicarse un esfuerzo similar al estudio del ambioma, o conjunto de elementos no genéticos cambiantes, que rodean al individuo y que junto con el genoma conforman el desarrollo y construcción del ser humano o pueden determinar la aparición de una enfermedad”.

Aunque la biotecnología de alimentos utiliza organismos vivos para producir alimentos, muchos consumidores entienden la biotecnología sólo como genética de alimentos, lo cual es inexacto. Por ello, *Daniel Ramón Vidal* plantea la necesidad de hacer comprensible a la opinión pública la biotecnología de los alimentos y los alimentos transgénicos. La genética se lleva aplicando a la alimentación desde el momento mismo que el hombre se hizo agricultor. Por tanto, la inmensa mayoría de los alimentos convencionales ha sufrido cruce sexual o mutagénesis, y lo que les diferencia de los transgénicos es que, ahora, la modificación se hace mediante ingeniería genética. Esta técnica permite, entre otras aplicaciones, hacer los alimentos resistentes a plagas, utilizarlos como vacunas orales, o conseguir que porten vitaminas o minerales para poblaciones con carencias. En consecuencia, contra la creencia instalada, bien utilizados, muchos alimentos transgénicos son antes un beneficio que un perjuicio para la humanidad.

Desde una perspectiva médica, *Pedro Cuevas*, habla del desconocimiento general que existe sobre la terapia celular, pues al hablar de la experimentación con células troncales (las conocidas como células madre) no se distingue entre el uso de células embrionarias o el de células adultas. En su ponencia, Cuevas contradice a los defensores del empleo de célu-

las troncales embrionarias para ciertos tratamientos, afirmando que la nueva medicina reparadora puede perfectamente basarse en el uso terapéutico de las células troncales adultas del propio individuo, ya que éste es “un procedimiento seguro y eficaz que no necesita inmunodepresión y evita, además, los problemas clínicos y éticos”.

Refuerza esta misma línea argumental la profesora *Natalia López Moratalla*, cuando en su ponencia sobre terapias regenerativas incide en la idoneidad científica y ética de potenciar la investigación con células madre adultas, en detrimento de las embrionarias, pues ello supone “sacarlas de su contexto natural —un embrión en desarrollo—, crearlas, madurarlas y transferirlas al enfermo”.

En su segunda aportación al libro, el profesor *Nom-bela* plantea la necesidad de establecer un diálogo entre sociedad y ciencia, y propone una reflexión ética y científica profunda sobre los avances de la sociedad biotecnológica y las leyes políticas que deben regularlos, puesto que estamos hablando de modificar algo tan esencial como es el material hereditario de los seres vivos, incluido el del hombre. Es decir, “no vale todo” en manipulación genética. Lo que subyace es la necesidad de encontrar un equilibrio entre sociedad y ciencia, un sistema normativo estable, flexible y ágil en su respuesta a los descubrimientos biotecnológicos, sin afectar por ello a los valores y derechos del ser humano reconocidos internacionalmente.

La ciencia como institución y su recepción cultural por la sociedad están en un periodo de transformación profunda. El profesor *Rafael Pardo* trata de explicar en su texto las distintas percepciones públicas de la biotecnología. Según afirma, un aumento del nivel de conocimiento científico del público, que actualmente es bajo, se traduciría en una reducción de la oposición al progreso científico. Y señala los tres nuevos factores que de alguna manera inciden en la

adquisición de este bagaje científico, a saber, “sur-gimiento de la consciencia medioambiental”, “desarrollo de la cultura del riesgo cero” y la “sensibilidad o condición post-moderna”.

Cierra el libro el profesor *Ignacio Sánchez Cámara* con una ponencia donde se pregunta por la verdadera situación del progreso científico. En su opinión, las teorías postmodernas amenazan con contaminar las ciencias naturales. El relativismo cultural acecha los cimientos científicos. La ciencia, mezclada con la técnica, se convierte en “tecnociencia” y se concibe como mera construcción social. Tomando como ejemplo la teoría de las dos culturas aisladas de Snow, Sánchez Cámara aboga por la necesidad de integrar tanto la ciencia como la técnica en el ámbito de la cultura general y de las humanidades. El autor desmitifica algunas ideas románticas que rehuían el conocimiento científico o veían en la ciencia un peligro para la religiosidad o el misticismo, pues afirma que “la ciencia como tal no entra en conflicto con la moral”, aunque sí con la ética humana. En este sentido señala los derechos humanos como límite y, entre ellos, el derecho a la vida. Por fin, muestra su escepticismo ante los debates sobre cuestiones de bioética, donde se da igual valor a todas las opiniones o se considera auto-suficiente a la propia ciencia, no distinguiéndose por tanto correctamente dos ámbitos bien distintos, el derecho y la moral.

En conclusión, estamos ante una obra de actualidad, en la que notables especialistas ponen sus conocimientos en común —la obra incluye una mesa redonda en torno al debate social sobre la manipulación genética—, con un doble propósito: poner alguna luz a los difusos límites éticos de la ciencia y divulgar algunos de los principales retos de la denominada “sociedad biotecnológica”.

JOSÉ MANUEL DE TORRES